

## El domingo del cuscús

Nunca había estado en un restaurante. Nunca había salido un domingo. Nunca había comido cuscús. Mi abuela no había salido de casa desde que la conozco.

El día en que se borra un «nunca» es un gran día. Un día en que se borran tres «nunca» y se sustituyen por «la primera vez» es un día grande de verdad.

Ayer fui a comer cuscús con mi abuela al restaurante de la esquina.

El cuscús es una especialidad culinaria del norte de África a base de sémola de trigo duro. El dueño del restaurante fue trayendo los platos por orden:

- a. el cuscús
- b. el caldo y las verduras
- c. la carne
- d. la salsa picante

El cuscús se come así: primero se pone la sémola en forma de montaña en el plato hondo, y sobre ella se colocan las zanahorias, los rábanos, los puerros y unas piedrecitas minúsculas que son garbanzos. Después se le echan la carne y el caldo por encima. Si te atreves, puedes añadirle la salsa roja y picante que recuerda a los países soleados de donde viene.

A la Abuela le daba miedo empezar, pero enseguida se acostumbró. Cada bocado era una sorpresa. Pero una sorpresa muy agradable que evocaba los olores y los colores de países lejanos y cálidos en pleno invierno. Las cosas agradables fortalecen y dan energía. Los efectos sobre la Abuela fueron evidentes porque ella, que de costumbre es tan silenciosa, se puso a hablar. Y habló de la guerra y de los muertos, de la pena; pero es mejor recordar a los muertos que dejar que mueran cada día un poco más en el olvido. Siempre que hablamos de ellos, logramos que vuelvan a vivir, aunque solo sea con una lágrima.

E incluso los que estamos vivos, malvivimos. Y aunque parezca absurdo, el cuscús me hizo pensar que siempre podemos aprender a vivir, pero necesitamos un buen maestro y mucha fuerza. Tengo muchas ganas de tener esa fuerza y de aprender cosas útiles como leer y escribir, pero también quiero aprender a vivir. Porque después, cuando hayamos muerto, será demasiado tarde.

A la Abuela le costó mucho pagar. Le pareció que la comida era cara; era como si el dinero formara parte de ella. Repasó la cuenta cinco veces con sus gafitas semicirculares y me pidió que yo también la comprobara.